

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 8 DE NOVIEMBRE DE 1840.

DE LOS DIALECTOS

CONSIDERADOS CON RELACION Á LA LITERATURA.

Los dialectos que han dejado de ser la lengua del gobierno, son como las ruinas de un grande edificio que yacen esparcidas por el suelo. Ningun vestigio pudiera tal vez hallarse que atestigüase mejor las vicisitudes por donde han pasado los imperios, pues que las lenguas triunfan, ó sucumben con ellos, estendiéndose á medida que se ensanchan las comunicaciones de conquista ó de comercio de los pueblos que las hablan, ó viniendo á ser obscuras é ignoradas segun el aislamiento, y poca importancia de las naciones. Todo el mundo conocido habló latin cuando Roma avasalló á los reyes; y en nuestros dias el idioma frances á su semejanza hubiera sido el general de Europa si hubiesen durado mas tiempo las nuevas dinastías, y el influjo de las victorias del grande hombre que tenia ya medio cambiada la faz del continente que iban sojuzgando sus legiones. Si se hubiese acabado de operar el asombroso cambio que aquel genio superior meditaba, hubiera sido la lengua francesa la oficial de todos los paises conquistados, la lengua de todos sus archivos y bibliotecas.

De este modo debe esplicarse la suerte de los idiomas; y hablando de nuestra España con se-

mejantes investigaciones conoceriamos como la lengua castellana ha penetrado en los imperios de Motezuma y de los Incas; como el vascuense se ha mantenido estacionario en nuestras provincias del norte por medio de su exclusivismo foral, que ha hecho de aquella comarca como una nacion independiente; y como el lemosin que se hablaba en la corte de los condes de Barcelona, va perdiendo de cada dia su antiguo esplendor, relegado á las últimas clases de la poblacion.

Nos proponemos contraer estas observaciones á nuestro dialecto provincial, porque asi solo podrian tener utilidad. En su origen tuvo el mallorquin mas íntima analogía con el idioma frances que con otro cualquiera, aloménos en la parte de la sintáxis, que forma la índole particular del language, y su peculiar estructura; pero con el tiempo su mayor contacto con el español casi le ha vaciado en un molde diferente, comunicándole gran parte de la fisonomía de la lengua general de la nacion que domina nuestras islas, escepto en ciertos giros propios, y en ciertas maneras genuinas que establecen entre ellas diferencias notables. Mas siendo entrambas hijas de la latina, es susceptible la nuestra, como la castellana, de la misma energía y de la misma elegancia.

Para crédito de nuestro idioma provincial se usa todavia en las islas Baleares por la gente culta de la sociedad; y asi es que ha recibido todos los tonos desde el mas humilde hasta el mas elevado. Si hubiese durado la herencia de

nuestro glorioso conquistador, si la política europea no hubiese introducido otra division de potencias distinta de las que fundó Jaime I de Aragon, rivalizara en el dia nuestra habla provincial con las mas enérgicas y con las mas suaves de Europa: composiciones asi en prosa como en verso podriamos señalar que lo comprobaran de un modo victorioso, por escrupulosas que fueran las comparaciones. El idioma mallorquin ha tenido por dicha frecuente é íntimo roce con los dialectos primogénitos del latino; con el italiano en tiempo de nuestro floreciente comercio con las repúblicas de Italia; y con el castellano desde que nuestras islas corren unidas á la península española. No hay que dudar, si formasen ellas un estado independiente, poseeríamos una literatura propia tan rica y variada como la que admiramos de otras naciones que han sido mas privilegiadas en el rango político.

Pero sometidos á la dominacion de un reino que bajo el punto de vista de que hablamos, podemos decir que no es el nuestro, en vano seria hacer esfuerzos por dar á nuestro dialecto aquel grado de elevacion y fama de que fuera susceptible en otras circunstancias. No es la lengua del gobierno, y esta razon de hecho basta para acallar todas las pretensiones, y para calmar los brios del entusiasmo mas exaltado; aunque tuviésemos Homeros y Virgilio, no fuera nuestra lengua estudiada por los estrangeros, bien que nuestros genios superiores, si alguno llegase á mostrarse, ciertos de la poca nombradía del idioma nativo, hablaran el de Cervantes y el de Moratin.

Es duro y sensible tenerlo que confesar, por mas que sea nuestra habla provincial la de nuestras mas tiernas afecciones, debemos renunciar á ella, porque asi lo exige el interes que nos eleva á contraer afinidades, las mas que sea posibles, y las mas estrechas con el continente vecino. De todas las provincias de la antigua corona de Aragon, donde se hablaba nuestro dialecto provincial, la que ha entendido mejor sus intereses en esta parte, es sin duda Valencia, cuyas clases hasta las del vulgo hablan castellano. — *

Imaginacion.

A N***

Dieu d'un souffle brûlant avait formé mon ame;
Tout ce qu'elle touchait s'embrassait de sa flamme;
Don fatal!...

LAMARTINE.

O tú á quien mi labio por tu nombre,
Y mas que amigo llama el alma mia,
Que en mi rudo camino el cielo envía
Para templar mi soledad y afan;
A quien vi y exclamé «contigo quiero
Peregrino seguir la yerma senda,
Partir contigo la nocturna tienda,
Partir del viaje el pan.»

Feliz que el turbio sueño no compartes,
Ni el pan amargo con que mi alma existe;
Ah! junto á frente tan nublada y triste
Frente jamas tan plácida brilló!

Remozas en mitad de tu carrera,
Y yo vacilo endeble al primer paso:
Tu dia es siempre aurora, y al ocaso
Cercano nació yo.

No admires que mis ojos siempre el llanto,
Que mis labios repriman un suspiro,
Y el aire aun que junto á ti respiro
Corrompa cual un tósigo el dolor.

Que este dolor nacido con el alma,
Llama que dando vida la consume,
Lo abrazo cual un don, por mas que abrume,
Que es don del Criador.

Don fatal, con que duermen los sentidos,
Vela solo fantástica la idea;
Que mundos mil de luz en sueños crea,
Y tiende en este un velo de afliccion;
Y oscura inmensidad descubre al alma,
Que vuela, y gira, y nunca se complace,
Y suspira, y decae, y muerta yace
En muerto corazon.

Tú no sabes cuán triste es contemplarse,
Siempre abiertos los ojos hácia dentro,
Ver rodar tanta imágen en su centro
Que sobre el pecho reflejando vá.

Y vivir, ora espíritu, ó gusano,
De vida nunca igual á la del hombre,
Y dar á los objetos otro nombre
Del que el mundo les dá.

Tú no sabes qué ideas se suceden
Al son del onda en la desierta playa,
Bajo las sombras mi alma cual desmaya,
Cual vuela con la luna el corazón.

Y estos son; son bien tristes! mis placeres,
Que es mi ser la tristeza y es mi aliento,
Y de ella mi placer y mi tormento

Entrambos hijos son.

No sabes cuál despierten mil memorias,
Y de todas el pecho tumba sea,
Cual brillantes se eleven en la idea
Del nebuloso porvenir al par.

Viviendo en lo pasado y lo futuro,
Veo escapar sin goce lo presente;
Sin que nunca feliz un día cuente

Sino al terminar.

No sabes dó terminan mis ideas,
Cual las domina un pensamiento mismo....
Y es la muerte, y mis dichas en su abismo
Sepúltanse muy ántes de nacer.

La encuentro en la natura que fallece,
En los ensueños de amistad ó gloria,
En los campos que dejo, en la memoria
Que olvida mi querer.

Ni sabes tú lo que es sentir vacío
Donde se agita el corazón sin calma;
A la gloria pedir ilustre palma
Del viento arrebatada ante mis pies;

Luego huir del tropel, y en el retiro
Un corazón buscar para consuelo,
Y hallarse en el retiro con su duelo

Solo, infeliz despues.

Y á Dios pedir que llene aqueste caos,

Y á él volar en busca de un asilo;
Y al suelo caer de nuevo, cual del hilo
Siente el ave cautiva asido el pié.

Y al traer á su altar esta alma ardiente,
Este querer de amor no satisfecho,
Sentir de mármol y sin vida el pecho,
El ánima sin fé.

Tú no lo sabes, cuyos ojos llena,
Hombre de dicha y paz, el sol divino,
Él dora con sus rayos tu camino,
Tu gloria, y patria, y amistad es él.

Ni tu pecho se agita en el vacío,
Ni á lo que fué y será la vista tiendes;
Y dos cosas tan solo aquí comprendes,
Vivir, y amarle fiel.

Quando al lado te encuentro al pié del ara
Humilde, inmóvil, en la sombra oculto;
Quando veo del mundo en el tumulto
Brillar igual y cándida tu faz;

Quando al lado de tí tal calma siento,
Tanto bien que contigo Dios me envia...
¡Si fuera cual la tuya el alma mia!

Hombre de dicha y paz.

Mas no, no muera en mí la llama aquella,
Que hay vida y hay placer en su martirio,
En el vuelo del alma, en el delirio
De la mente, en la sed del corazón.

Y en Dios se templarán, y en mutuo apoyo
Uniremos los dones de su mano,
Y ambos formando un ser, será un arcano
Al mundo nuestra union.

Si nuestras almas de distinto soplo
Nacieron, y harto nuestra suerte dista,
¿Qué importa á la amistad que nada exista
Comun, sino el amor, entre los dos?

Y si en amor no crees en la tierra,
Si no cabe un mortal dentro tu pecho,
A tí yo me uniré con lazo estrecho,
Tú me unirás á Dios.

Tú siempre fiel, yo largo tiempo errante,
Le adoraremos, tú en eterna calma,

Yo entre las ansias y el penar del alma,
En mí la llama, y el candor en tí.

Que el mar le alaba en su inquietud continua,
Y en la voz, y en las ondas que levanta;
Del lago el aura plácida le canta
El cielo todo al reflejar en sí.

J. M. Q.

AFAN DE ESCRIBIR. *

Hay en Palma un café que se llamaba hace algun tiempo *De la cuádruple Alianza*, y ahora *Del Comercio*, variacion á mi entender acertadísima y aun algo maliciosa, por ser lo segundo mas positivo que lo primero, y por haber creído siempre firmemente, que si bien Comercio y Alianza no eran sinónimos, no dejaban de tener cierta analogía, cierta trabazon, cierta inseparabilidad.... y.... una cosa así.... como si dijésemos los medios y el fin, ó algo por este estilo.

En este café pues y en la salida que da al Borne, hay dos bancos que yo llamaria bancos de la paciencia, por ser en ellos en donde mas frecuentemente se ejercita esta virtud. Estos bancos testigos ademas del fastidio y de las continuadas preguntas: ¿Qué hora es?—Las doce.—No mas!—Te vienes?—A dónde?—Qué sé yo...? A cualquiera parte.—Aaaah!—(un hostezo) y otras mil escenas por este estilo animadas como ellas solas; estos bancos digo, suelen ser tambien el refugio de las alegres muchachas que en el café sirven, y que cansadas de ofrecer orchatas, limonadas, sorbetes &c. &c., acuden á ellos así que llega la noche para descansar de las fatigas del dia, ó para retozar con algun aficionado.

(*) Hemos creído poder reproducir aquí alguna de las producciones que vieron la luz pública en nuestro Diario Constitucional, siendo como son obra de los redactores de La Palma, y juzgando que ocuparán en ella su verdadero puesto.

En uno de estos bancos pues, y en una de las últimas noches del mes de setiembre, sentada mi persona en una postura filósofo-romántica, hacia todos los esfuerzos imaginables para figurarse que se habia divertido. ¡Trabajo inútil! Pero hombre, me decia yo; ¿no has estado en la plaza de Cort esta mañana?—Sí.—¿Y en el muelle esta tarde?—Tambien.—¿Y en el Borne por la noche?—Sí, tambien en el Borne.—Y no te has divertido?—No me he divertido.—Eres un majadero.—Ya yo lo sabia.—Pero no por esto se salian con la suya mis argumentos, porque la disposicion en que me hallaba era mas fuerte que todos ellos. En fin, cansado ya de esta lucha, quise mudar de ocupacion. Eran las diez. Las cuarenta personas que acostumbraban pasear por el Borne habian desaparecido; el Diario estaba leído y el Genio de la Libertad por leer. ¿Qué hacer pues? No me quedaba mas recurso que contemplar las estrellas. Abracé inmediatamente este partido y tomé el camino del cielo; pero no bien hacia un cuarto de hora que paseaba por aquellas regiones, cuando un golpe algo terrestre dado sobre mi hombro me hizo bajar precipitadamente de aquella mansion, y me encontré que era un amigo quien me saludaba tan cariñosamente.—¿Qué haces ahí?—Meditar.—Sobre qué?—Sobre el cielo.—Te veo sobre la tierra.—Nó, sino sobre un banco.—Está bien; tengo que hablarte. Es preciso que escribas.—A quién?—Al público.—Eh?—Sí, al público. Nos hemos reunido algunos amigos, y tratamos de levantar una *Palma*.—Y bien?—Y contamos contigo para que nos ayudes á hacerla hablar.—Conmigo! y aqui empecé yo á remilgarme y á querer ruborizarme como soltera á quien dicen ¿quieres casarte? Pero todo fué en vano, el rubor no quiso venir en mi ayuda, y mi cara se quedó tan fresca... Conmigo! repetí haciendo gestos ya que no era posible ponerme colorado.—Sí, contigo.—Pero, y si yo no sé escribir.—Cómo!—Digo.... escribir sí, la materialidad de escribir ya la entiendo, pero...—Pero qué?—La hermosura en los períodos, la claridad en las ideas, la.... en fin todo eso que se requiere para que un escrito sea bueno, eso es

lo que temo que me ha de hacer falta.—Ah! pues entónces...—Calla, calla, dije yo precipitadamente viendo que mi amigo parecia desistir. Yo.... vamos yo escribiré. ¿Y sobre qué punto?—Hombre, lo que quieras. El caso está en llenar dos ó tres columnas de papel. Escribe lo que quieras; tonterías.—Para eso me pinto solo. Pero ¿y si el público no quiere recibir tonterías.—¿Y cómo puede desecharlas?—No obstante.—Ademas el público es muy indulgente, porque hay muchos cortos de vista.—Y los que no lo fueren?—Esos no te leerán.—¡Buen consuelo! ¿Con qué no me han de leer mas que los ciegos?—Mas vale eso que nada. Ademas, tú siempre has de ganar sin esponerte á perder, porque si tus producciones son buenas, lince y topos las leerán y alabarán; y si por malas no fueren atendidas, haces cuenta que no escribiste, y asunto concluido.—Esta lógica me ha convencido. Escribiré.—Corriente. Abur pues.—Abur.

Marchóse mi amigo, y yo me quedé lisongeado si va á decir verdad, porque ¿á quién no lisongea un concepto ventajoso? Mi anterior meditacion de las estrellas se convirtió en meditacion de artículos, y en esta disposicion me fuí á buscar la cena, que por ser cosa de todos los dias, estuve por llamar *artículo de costumbre*. Cené sin embargo; pero no sin interrumpirme mil y mil veces para anotar en mi libro de memoria cuantos epígrafes se me ocurrían para poner al frente de mis futuros artículos, y llegó á tal punto mi enagenacion, que al presentarse mi cocinero para preguntarme segun costumbre lo que queria para el dia siguiente; «Un discurso sobre la intemperancia,» le contesté muy seriamente. El pobre se quedó un rato mirándome con ojos espantados, y se retiró sin chistar. Tal vez creyó que le dirigia una reprehension.

Acabada la cena cualquiera se hubiera ido á acostar. ¡Pero yo acostarme! Ni por pienso. Faltábame mucho que arreglar, y así fué que en vez de irme á la cama me senté en mi poltrona y empecé á pensar en las dificultades que ofrecia el empeño en que me habia puesto. Ar-

redradoras eran, es cierto, pero el hombre gusta de hacerse ilusion cuando esta lisongea su amor propio. Lo primero que se me ofreció, fué la eleccion de un nombre, porque eso de firmarse uno el que le dieron en el bautismo prueba mucha confianza, y los escritores confiados si no van al infierno, van á la opinion pública, que es una señora coqueta y voluble que acaricia y destroza á un mismo tiempo, y que sonrie á unos y asesina á otros segun le acomoda á su mugeril antojo. Bien hubiera podido escribir mis artículos sin poner nombre alguno al pie de ellos, ó poniendo una inicial solamente; pero despues de meditarlo un rato me convencí de que no debia hacer ni lo uno ni lo otro. Lo primero, porque eso de ser *sin nombre* conviene muy poco á quien tiene mofletes en vez de carrillos, color rollizo en vez de palidez, y come bárbaramente y cena salvajemente, y ni es hijo de la desgracia, ni ningun ser arrojado sobre la tierra, en la cual tampoco tiene mision alguna que cumplir; y lo segundo de poner una letra por firma, no me pareció bien tampoco, porque confieso francamente que no soy hombre de letras. Ello en fin era preciso determinar algo. El tiempo pasaba, y el sueño y los apuros aumentaban por momentos. En este estado de desesperacion eché mano del almanaque y comencé á volver hojas y á buscar nombres, y por fin, despues de haber apuntado, para borrar en seguida, los Pancracios, Olegarios, Anastasios, Pánfilos y otros de este jaez, vine á fijarme en el de Simon, nombre á mi parecer sonoro y argentino, y que haciendo decir á las gentes si gustasen mis artículos: ¡Hombre! ¡Simon! ¿Quién será ese Simon? fuese al mismo tiempo significativo en el caso contrario, por tener Simon, segun mis analogías, alguna con eso de pesado y fastidioso. Con qué ya saben VV. Simon es el nombre que ofrezco al público, y Simon vale tanto como mi nombre de bautismo, y tal vez como mi persona. ¡Cuántas veces un hombre no es mas que un nombre!

Satisfecho sobre este punto, quedábame otro por arreglar, que no era ciertamente el ménos interesante. Yo he de escribir. Bueno. ¿Y qué

he de escribir? Aquí me encogí de hombros. De política? Me apesta. De literatura? Sonreíme al hacerme esta pregunta; pero me dije inmediatamente, si bien con el tono mas amable del mundo: «Callaos, pretensiones mias.» Pues entonces ¿de qué escribiré? De costumbres? No las conozco. No es decir que no las tenga; poco á poco. Yo soy hombre de costumbres como cualquier hijo de vecino, y casualmente una de las mias es reirme de todas las cosas de este mundo. Pues entonces, Simon, ¿de que te apuras? Pon en práctica esa tu costumbre, y haz en *la Palma* lo que ántes hacias á tus solas.—¿Te parece, conciencia mia?—¡Pues no me ha de parecer! Animo, y empieza á reirte ahora mismo.—Nó; ahora no, porque tengo sueño. Otro dia.—Y me acosté.

SIMON.

LAS TINIEBLAS.

Traducido de lord BYRON.

No fué todo ilusion el sueño mio.
Ya no brillaba el sol, y las estrellas,
Sin direccion errando en el vacío,
No vibraban sus trémulas centellas.

Una atmósfera negra circundaba
Á la tierra sin luna, ciega y fria:
Y vino el alba, y fuése, y no llegaba
Á despuntar jamas el claro dia.

Los hombres olvidaron sus pasiones
En medio del horror de tanto duelo,
Y alzaban sus helados corazones
Solamente por luz plegaria al cielo.

Hicieron una hoguera de cabañas,
De palacios de reyes con su trono,
De guaridas, que fieras alimañas
Dejaron por el miedo en abandono;

Y al torvo resplandor de aquella pira,
Que sus caros albergues consumia,
Por la postrera vez cada uno mira
La faz del otro pálida y sombría.

Felices los que entonces habitaban
Aquel monte de llamas, los que en medio
De aquel volcan horrible se lanzaban:
Ya ni esperanza habia de remedio.

Los árboles ufanos con sus ramas,
Las florestas ardian relumbrantes,
Crugen los troncos, caen, mas sus llamas
Decrecen, y se estinguen por instantes.

Imágen no terrena parecia
De aquellos hombres el aspecto, cuando
La luz desesperante les heria
En rudas llamaradas oscilando.

Algunos se arrojaban por el suelo
Cubriéndose los ojos y lloraban;
Otros allí de pié su acerbo duelo
Con amarga sonrisa contemplaban.

Quien cebaba la pira funeraria
Y vagaba frenético, azorado.
Quien miraba en la esfera solitaria
El pabellon de un mundo ya pasado.

Entonces en el polvo sumergidos
Se echaban maldiciones impotentes,
Lanzaban por palabras ahullidos,
Rechinaban horrisonos sus dientes.

Sus alas sin provecho para el vuelo
Arrastraban las aves altaneras
Entre roncós graznidos por el suelo,
Y temblando amansábanse las fieras.

Silvando serpeaban en la tierra
Vívoras que servian de alimento:
Y de nuevo estalló la cruda guerra
Que cesara no mas por un momento.

Comprábanse con sangre los manjares

Y á solas cada cual los engullia
Escondido en sus lóbregos hogares:
Entónces ni piedad, ni amor habia.

Solo habia una idea aterradora,
La de un fin inmediato y lamentable,
Y el hambre de la muerte precursora
Royendo las entrañas insaciable.

Al morirse los hombres su osamenta
Cual su carne insepulta descansaba:
Hostigaba el rencor la turba hambrienta,
Y un flaco al otro flaco devoraba.

El hambre se aumentó: llegó á tal punto
Que hasta á su propio dueño el can mordía,
Mas uno siempre fiel quedóse junto,
Y el cadáver del suyo defendía.

Las aves alejaba con su celo
Y de bestias salvages las manadas,
Que eran los muertos un atroz señuelo
Para enjuagar sus fauces desecadas.

Ni alimento buscaba: pero en vano,
Con ladridos continuos de agonía,
Lamia á su señor la helada mano,
Que nunca á sus caricias respondía.

Habia en un altar amontonadas
Las ofrendas del místico servicio,
En moribundas ascuas destinadas
Al uso de profano sacrificio;

Resto de un pueblo, allí se reunieron
Dos hombres enemigos, sin respeto
Las calientes cenizas removieron
Con sus tembloras manos de esqueleto,

Y al aplicar su desmayado aliento
Saltaron llamas, que un escarnio fueron,
Y un grito de terror siguió al momento
Que elevaron los ojos, y se vieron.

Su mutua fealdad les espantaba,
Y al mirarse murieron, no sabiendo

Quien era aquel en cuya frente graba
El hambre cruel un sello tan horrendo.

Era la tierra un tétrico desierto
Sin flores, yerbas, árboles ni vida,
Sin hombres y sin luz: un astro muerto,
Una masa de barro endurecida.

Las aguas de los mares y los rios
Reposaban sin brisas, sin espuma,
Clavados en su seno los navíos
Se hundian podrecidos de la bruma,

Y á pedazos los mástiles se hundian,
Sin comoverse el piélagos siquiera
Las olas en su tumba no bullian,
La luna su señora ya muriera.

Y en el aire estancado, moribundo
Espiraban los vientos, y las nieblas,
Su obscuridad inútil era al mundo,
Y eran el mundo todo las tinieblas.

T. A.

TRATTO.

IL SOGNO PUNITORE.

Opera del Sr. Mtro. JOSÉ GERLI.

Al hablar de la ópera del Sr. Gerli representada por primera vez en nuestro teatro la noche del 3 del corriente, fuerza se hace confesar lo aventurado que es el exámen de una composicion música que solo una vez hemos oido. Hasta aquí sin embargo tenemos motivos para creer que *il sogno punitore* fué recibido con agrado por el público, y ese agrado que creemos justo, esperamos aumentará, conforme nuevas representaciones vayan acreditando el mérito y las bellezas de que en nuestro concepto está revestida esa obra.

La música nos pareció graciosa y animada; pero sobre todo debemos mencionar la introducción del primer acto, el largo del final del mismo, el duo de los dos bajos, y el bellissimo andante que en el final del acto segundo con tanta maestría y sentimiento cantó el Sr. Gerli. Estas piezas por sí solas, y mas que todas el mencionado duo, bastarian para acreditar á dicho Sr. Gerli de buen compositor, y para probar que los elogios que sinceramente le tribuamos son justos y merecidos.

Falta de originalidad en algunas ocasiones es lo que se pudiera achacar á esta composición. Nosotros si bien conocemos esta falta, la disculpamos en parte, pues son tantos los giros que se han dado á la música, que ya nos parece sumamente difícil por no decir imposible la novedad. Ha habido veces tambien en que hubiéramos deseado que el autor no pasara de una idea á otra con tanta prontitud, sino que las desarrollara algo mas, pues este sistema evitaria á nuestro juicio la falta de interes de que en alguna ocasion adolezca quizá su obra. Pero estas son exigencias que fuera poco generoso tener con el Sr. Gerli. *Il sogno punitore* por ser si no la primera, la segunda ópera que ha compuesto, al par que nos manifiesta el talento y la disposición de su autor, mereceria que se le disimulasen no las ligeras faltas que hemos indicado, sino que tambien yerros mas graves, si los hubiera, pues es cosa ya muy sabida que de los principios es el tropezar.

La parte del desempeño satisfizo todos los deseos. Citarémos particularmente á los señores Gerli y Morelli que nos encantaron en su duo del segundo acto. El público mallorquin aplaudió en la noche de que hablamos, y aplaudió con justicia, pero es preciso confesar que debia haber hecho mas. El público mallorquin es muy apático.

Hubiéramos deseado acabar este artículo sin criticar nada, pero donde está la señora Casanova esto es imposible. Diga V., señora; ¿qué significa aquella mezcla de trajes y de sexos que nos presentó V. á lo último de la ópera? Vimos una cabeza de guerrero, una túnica de

Ecce-Homo, y un calzado de muger...! A V. la acusamos de ese espantoso desorden de tocador, porque si no nos han engañado, la empresa le tenia destinado un traje análogo á las circunstancias aquellas. Malas lenguas dicen que no quiso V. ponérselo. ¿Le venia á V. estrecho, ó fué solo capricho, ó bien tiene V. prisa de que llegue el carnaval? Señora Cosanova, señora Casanova.... ¿cuándo hará V. alguna cosa bien?

UNA HORA FELIZ.

Y salvar ha podido
 La valla de amargura
 Esta hora de ventura,
 Esta hora celestial?
 Hora dulce, apacible,
 Riente, hermosa, serena;...
 Qué es un siglo de pena
 Si incluye un hora tal?
 Grano ha sido de incienso,
 Que la brasa consume,
 Y exhala su perfume
 En sucio muladar.
 Breve cruz de oro y seda,
 Que radiante destaca,
 Sobre la tela opaca
 Que cubre negro altar.
 Yerbecilla mojada
 Del humor matutino,
 Que encuentra el peregrino
 En desierto arenal.
 Arpa de oro que un ángel
 Con diestra mano agita
 Para acallar la grito
 De la turba infernal.
 Rayo de luna hermoso,
 Que la nube atraviesa,
 Y entre la sombra espesa
 Derrama claridad.
 Fresco boton de rosa,
 Que ostenta su hermosura.
 Sobre la frente obscura
 De difunta beldad.
 Hora feliz! y acaso
 El giro de los dias
 Otra á las ansias mias
 conceder no querrá.
 Hora fué de ventura,
 Y de ella mas no existe
 Que la memoria triste
 De que ha pasado ya. — T. A.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.